

### ¡Viva mi Presidente!

Corría el año de gracia, ó más bien dicho de tristeza nacional, de 1864.

El Presidente Don Benito Juárez hacía catorce meses que peregrinaba, acompañado de un puñado de ciudadanos patriotas, por los Estados fronterizos de la República.

No sin tener que vencer la tenaz resistencia de los improvisados ejércitos de la República y de las guerrillas que pululaban en todas direcciones, el ejército invasor se iba adueñando de las principales ciudades y organizaba diestramente una batida en forma para atrapar, como posiblemente lo creía en sus delirios de victoria, al legítimo representante de la nación, al que consideraba—con enojo mal disfrazado—como el único obstáculo para el triunfo definitivo de la causa de Napoleón III.

El enemigo no se daba punto de reposo en su siniestra empresa y todos sus sacrificios eran pequeños, en relación con su afán

y sus miras particulares de concluir cuanto antes con una lucha que amenguaba notablemente su prestigio legendario.

Así que concentrando tres fuertes divisiones, bien dotadas de toda clase de provisiones; cerrando las principales salidas y emprendiendo muchas veces marchas forzadas; pernoctando unas veces en las haciendas ó rancherías, y otras en los pueblos, se empeñaban con frenesí *en crescendo* por hacer su prisionero de guerra al alma de la República, al egregio patricio, cuya energía nunca desmentida era inquebrantable como el hierro.

\* \* \*

A principios del mes de Agosto el gobierno del señor Juárez ocupaba la ciudad de Monterrey, pero en vista de la proximidad del invasor, determinó sigilosa y prudentemente cambiar su residencia á Monclova, tanto para no comprometer sus reducidos elementos de defensa, cuanto porque era una verdadera temeridad oponer resistencia, sin la menor probabilidad de éxito, á un enemigo superior en todos respectos.

En la mañana del día 12 los preparati-

vos de viaje estaban hechos, el Presidente y sus Ministros tomaban tranquilamente el desayuno.

De pronto se presentó un ayudante á comunicar la noticia de que una fuerza enemiga entraba en la ciudad y comenzaba á tirotarse con las escasas fuerzas federales, momentos después llegaba el Coronel Guiccione, Jefe de la escolta presidencial, á instar al señor Juárez á que saliese sin pérdida de tiempo, porque las fuerzas de Quiroga—quien había defecionado, á semejanza de Vidaurri, seducido con los mil halagos de los intervencionistas—se presentaban en la ciudad en número respetable.

El señor Juárez por toda contestación dijo: “Pase, Coronel, á tomar el desayuno, después veremos lo que se hace.”

“—No, señor, repuso el Coronel vivamente, estamos en grave peligro, voy á dictar algunas providencias,” y salió visiblemente agitado.

El tiroteo se percibía ya á corta distancia y la escolta formada apenas de 200 hombres era impotente para contener el avance.

Comprendiendo el Coronel que la situación se agravaba por momentos y que si el enemigo lograba posesionarse de las calles adyacentes se perdía toda esperanza de sal-

vación, distribuyó á su gente de tal modo que apareciese más respetable de lo que era en realidad y armó á todá prisa á los empleados civiles que estaban á la mano, á fin de que guardaran el sagrado recinto donde se hallaba el inmaculado representante de la República.

El Presidente y sus Ministros salieron á la calle y emprendieron la marcha. No se habían alejado dos cuadras cuando el coche de Don Benito en que iba también el popular vate Don Guillermo Prieto, fué clareado por una bala de fusil.

Al cabo de algunas horas de constante tiroteo y zozobra se creyó que había pasado todo el peligro y que el Gral. Quiroga se conformaba por el momento con adueñarse de la ciudad. Pero el infidente, lejos de conformarse con un triunfo de tan escaso mérito, quiso sacar todo el partido posible de la situación, es decir, apoderarse del Señor Juárez y sus Ministros, cosa que le pareció sencillísima, dada la superioridad de su fuerza, y convinó una nueva y tenaz acometida.

\* \* \*

La marcha se hacía á paso regular, más bien con lentitud, para no fatigar á la tropa, una parte de la cual caminaba á pie, y

porque el camino estaba en pésimas condiciones. A esto había que agregar el calor sofocante de esa región, teniendo en cuenta su bajo nivel y la estación del año, el sol canicular aunque poco elevado todavía á esas horas, parece que enviaba plomo derretido sobre la tierra.

Eran las diez de la mañana cuando se percibió distintamente á retaguardia un rumor de caballería.

El señor Juárez mandó llamar al jefe de la escolta á quien le comunicó sus órdenes y éste, sin pérdida de tiempo, destacó seis ginetes para que practicaran un reconocimiento. No fué necesario esperar mucho tiempo para saber á punto fijo que tenían que habérselas con Quiroga, pues el tiro se escuchó en seguida entre los exploradores de la escolta y la vanguardia de la traidora tropa.

No había tiempo que perder, el jefe de aquella pequeña fuerza que resguardaba como cosa sagrada la personalidad augusta del legítimo representante de la nación, tomó sus providencias; una parte de la escolta rodeó el coche del Presidente que seguía caminando sin precipitación, y otra se parapetaba en las sinuosidades del terreno, aprovechándose de peñas, árboles y breñales para resirtir á todo trance.

El encuentro fué reñido y vigoroso, desesperado, sin tregua, unos y otros se lanzaban injurias y proyectiles como granizada, cada quien pugnaba por quedar dueño del campo.

¡Atrás traidores! gritaban los republicanos, con verdadera indignación.

—¡Viva el imperio! ¡viva la religión! respondían los infidentes, azuzados por sus jefes, que creían muerta para siempre la causa de la República.

La escolta disputaba el terreno palmo á palmo, retrocediendo unas veces, parapetándose otras, procurando siempre estar en contacto con la comitiva que avanzaba hacia el pueblo de Santa Catarina y con el enemigo que jadeaba por el triunfo completo.

\* \* \*

Desde el principio de la refriega, el señor Juárez, recargado sobre la portezuela del coche, se había dirigido en estos términos á un subteniente que caminaba á su lado cabalgando en magnífico rocín:

—Oye, Pancho, conoces por aquí algún camino que conduzca á Saltillo?

—Si, señor Presidente, á las mil maravillas.

—Vé, entonces, sin perder un minuto,

y dí al Gral. Negrete que mande una fuerza de caballería en nuestro auxilio.

El ginete espoleó su caballo y partió al galope apenas se hubo enterado de la orden.

\* \* \*

La caballería del Gral. Aureliano Rivera se encontraba en Saltillo, recién llegada del Valle de México; los caballos estaban ensillados y la tropa se disponía á hacer ciertas demostraciones, sabedora de que una fuerza de zuavos merodeaba por los pueblos vecinos.

El caballo del subteniente Pancho no había podido resistir á tanta fatiga; sudoroso, jadeante, los encuentros é ijares cubiertos de espuma, y resoplando con dificultad, se había dejado caer de cansancio, casi á las goteras de la ciudad. El valiente militar no tuvo más remedio que seguir su camino á pie, y lo hizo como un gamo; afortunadamente á pocas cuadras se encontró frente á frente de lo que llamaban Cuartel general.

.....  
—¡Corra usted con su tropa, compañero!—dirigiéndose á Rivera—fué todo lo que pudo decir Negrete, que se mesaba los cabellos de impaciencia y coraje.

\* \* \*

El sol canicular estaba casi en el zenit, sus rayos perpendiculares abrasaban la tierra, el viejo torreón de la iglesia de Santa Catarina se destacaba pintorescamente sobre las copas de la arboleda, la comitiva presidencial seguía penosamente el sendero, el coche del egregio patricio estaba acribillado á balazos y la escolta, sedienta, diezmada, completamente rendida por el cansancio y la sangrienta brega, hacía los últimos esfuerzos antes de ser aniquilada por las fuerzas desleales.

De pronto apareció hacia la izquierda la caballería del Gral. Rivera. El auxilio no podía haber sido más oportuno. Los pechos abatidos antes prorrumpieron en exclamaciones de júbilo y los soldados que se sentían morir, se reanimaron como por encanto, y disparaban sus armas á pecho descubierto, y vitoreaban enternecidos el nombre del ciudadano Presidente.

La carga de la caballería fué soberbia, el Gral. Aureliano Rivera—patriota y leal entre los buenos—se portó con su bizarría acostumbrada, y no dejó al eremigo ni el tiempo indispensable para levantar á sus heridos.

Quiroga había sido no sólo derrotado,

sino puesto en vergonzosa fuga. ¡Hermosa página de nuestra historia nacional!

\* \*  
\* \*

El Presidente Don Benito no perdió su serenidad ni un momento, durante las penosas horas de refriega; su rostro, como en otras ocasiones, se manifestó impasible y tranquilo, como si nada de extraordinario aconteciera á su lado. Algunas veces se limitaba á dar órdenes y otras á calmar la excitación nerviosa de sus acompañantes, muy natural, en vista del peligro inminente y de la fea acción del traidor. Hubo, sin embargo, un momento en que el señor Juárez se sintió emocionado en alto grado, casi con ganas de derramar lágrimas, y pronunció algunas palabras que reflejaban la bondad de su gran corazón. He aquí el motivo; Un sargento de la fuerza de Meoqui, cuyo nombre no ha sido averiguado desgraciadamente, caminaba al lado del coche presidencial; de vez en cuando se detenía unos pasos para disparar su arma y volvía á su puesto, celoso de la guarda del patrio. En una de estas maniobras fué herido de muerte por una bala que le atravesó el pecho. Soltó el armá del brazo y se llevó violentamente la diestra sobre la herida;

con la mano izquierda se apoyó sobre la portezuela, y dirigiéndose al señor Juárez, gritó, haciendo un supremo esfuerzo: “¡VIVA MI PRESIDENTE! ¡Muero por la Patria!...” y rodó al suelo, sacudiéndose convulsivamente en los últimos estertores de la muerte.



### Un 16 de Septiembre á orillas del Nazas.

[1864.]

El paisaje si no era de lo más imponente sí tenía bastante de hermoso: un semicírculo de montañas enhiestas cubiertas de lustrosa grama y coronadas de añosas y copudas encinas.

Las espicíferas sementeras del valle estaban próximas á la sazón; lo demás del campo lo cubrían el pasto y la maleza, haciendo resaltar lo vistoso del panorama la opulenta coloración de las florecillas silvestres, desde el flavo matiz del jaramago y el blanco del cardo, hasta el violáceo y guinda de las variadas especies de caléndulas.

Media docena de ganados de ovejas, á no muy largas distancias, pacían alegremente.

La cuadrilla de yunteros surcaba una pequeña extensión de terreno á la vera del camino.

Al pie de la serranía, hacia la derecha,

se deslizaba el río Nazas como una inmensa cinta de plata, á trechos apacible y tranquilo y á trechos jadeante y espumoso, produciendo murmurio encantador.

Las porráceas frondas de la arboleda, de una y otra orilla, eran balanceadas graciosamente por el céfiro.

El caserón de la hacienda de *El Sobaco*, de color indefinido por la acción del tiempo y las lluvias, circuido de casuchas denegridas para el peonaje, se destacaba en el fondo del escenario.

La tarde declinaba cuando la ilustre comitiva hizo alto frente á la entrada de la finca. A falta del godeño salió á dar la bienvenida á los distinguidos peregrinos el administrador, honrándose en ofrecerles las habitaciones disponibles y todo lo que buenamente pudiesen necesitar.

Los viajeros descendieron de dos coches maltrechos y de caballerías de condiciones diversas, buenas y fogosas unas, y regulares ó derrengadas otras; en tanto, el mayoral procedió á desenganchar los tiros y á pedir sitio á propósito para los arneses.

Cuando el sol hubo tramontado dejando como rastro de su paso llamaradas cocíneas que á la altura se desleían en tintes rosáceos y nacarinos el lecho del Nazas ofrecía una escena inusitadamente vis-

tosa; los soldados metidos en el agua hasta la cintura estropajeaban sus cuerpos y los de las cabalgaduras, armando una alharaca descomunal con su gritería de moros y risotadas de payasos. Los empellones y demás travesuras se sucedían como vistas de cinematógrafo, y á lo mejor varios soldados dieron hasta el fondo del río con todo y uniforme, si uniforme se le puede llamar al conjunto poco estético de aquellas abigarradas vestimentas.

Concluído el alegre baño, que bien se necesitaba después de un día de solana abrumadora y de que hacía mucho que aquellos curtidos cuerpos no recibían las dulces caricias del agua y del jabón, se replegó la tropa al campamento en espera del sabroso rancho.

\*  
\* \*

Un personaje de corpulencia bien proporcionada, tez blanca, barba poblada y ojos garzos, correctamente vestido y de maneras distinguidísimas, se acercó á la familia del administrador y entabló el siguiente diálogo con doña Guadalupe:

—Dispense usted, señora, vengo á hacerle una súplica.

—Pase usted, caballero, ¿Usted es el señor Iglesias?

—Sí, señora, para servir á usted.

—Siéntese usted y mande lo que guste, que para eso estoy, para servir á tan buenas personas.

—Gracias, muchas gracias—y el señor Iglesias acompañó sus palabras con una exquisita sonrisa y una discreta reverencia.

—Conque diga usted, caballero.

—Le suplico tenga la bondad de ofrecer en persona la mejor habitación que pueda usted facilitarnos al señor Presidente de la República.

—Con mucho gusto. Mire usted, aquella pieza que está en el rincón es la mejor y tiene dos camas

—Está bien; entonces esa pieza que sea para el señor Presidente y don Guillermo Prieto.

—¿Cómo? ¿también está aquí don Guillermo Prieto? ¿el poeta?

—Sí señora, el poeta:

—¡Magnífico! ya conocí á don Benito, ahora tendré el gusto de conocer á don Guillermo.

—Yo tendré el gusto de presentarle á tan buen amigo.

—Gracias, señor Iglesias. Y doña Guadalupe se fué al comedor á hacer los últimos preparativos para la cena.

\*\*

Acababan de sonar las ocho de la noche en el reloj de la sala, contigua al comedor; el gran Presidente se puso en pie y todos los comensales hicieron lo mismo; unos criados cargaron violentamente con las sillas, y el grupo de venerables patricios desfiló á las afueras del patio, hacia el improvisado templete que los soldados y peones, á las órdenes de un capitán, habían dispuesto como por encanto.

El Nazas seguía corriendo tranquilamente, arrullando con su tierno rumor el sueño indolentemente apacible de sus náyades; la poética luna rielaba sobre las linfas y paseaba con donoso garbo su blanca faz sobre el longincuo espejo. Las estrellas, eternas envidiosas de Selene, titilaban á la espalda de ésta, como haciéndose mutuos guiños para motejarle su incorregible coquetería. Mecíase muellemente el ramaje al impulso de la brisa y el pabellón de la República izado en el templete, en el sitio de honor, flameaba gallardamente. La gasa de niebla que envolvía las altas crestas de las montañas había terminado por esfumarse.

Ni nubes en el cielo, ni lobregueces en el escenario, ni fatiga en el cuerpo, ni abatimiento en el espíritu, ¡todo ello no era

sino el sibilino pronuncio de las futuras victorias!

El C. Presidente tomó asiento y á sus lados se colocaron los Ministros de Estado y demás miembros ilustres de la peregrinación; allí estaba Lerdo de Tejada, Iglesias, Baleárcel, Goytia, Manuel Ruiz y Guillermo Prieto.

La parada militar se componía modestamente de la escolta presidencial y el Batallón de Guanajuato.

¡En aquel grupo de honrados ciudadanos estaba la Patria, allí estaba la República, la Ley omnipotente, la honra nacional, la santa Democracia! ¡Guay de los menguados que en la lejana capital se habían erigido en risibles constructores de *castillos en el espacio!*

¿Dónde estaban los patriotas de otros días? Los que juraron la Constitución de 57? ¿Los que salieron de México con el Presidente dispuestos á compartir las duras penas de la vida trashumante y azarosa? ¡Oh, vergüenza, muchos de ellos con beatífica humildad se habían puesto bajo la protección del exótico Imperio!

No importaba; Juárez era el salvador, el invencible, "el genio de la voluntad;" es decir, todo lo que la patria necesitaba para el triunfo.



Por eso ¡Viva el señor Juárez! fué el primer hosanna que repercutió la sierra madre en aquella memorable fecha.

La noche anterior, 15 de Septiembre, se había celebrado un acto cívico, sin previa formalidad, en la Noria Pedriseña, en el cual Manuel Ruiz había improvisado una patriótica alocución dirigida de modo especial á los fieles soldados, con el fin preeminente de ensalzarles la magna obra de Hidalgo á la par que sus truculentas desdichas al atravesar el desierto, desdichas que tenían resonante y lejano eco en las actuales circunstancias.

Como respuesta á las elocuentes palabras de Ruiz, el ronco tronar del cañón anunciaba la proximidad del enemigo.

No había disyuntiva, al día siguiente, el gran día de la patria, fué necesario avanzar hasta la hacienda de *El Sobaco*; allí el mismo Presidente fué el promotor de la celebración de la Independencia, como una nueva protesta de fidelidad al deber, como un anatema lanzado al rostro de los inicuos.

¿Qué mejor sitio para la gran remembranza que aquel rincón de la República

donde acariciaba el hábito de la libertad y donde se invocaba al Dios de la naturaleza como el mejor testigo de la justicia nacional?

Silencio solemne.....iba á hablar Don Guillermo Prieto.

A una señal del señor Juárez el orador se puso en pie, y dijo más ó menos: Ciudadano Presidente, Conciudadanos; En esta fecha de gloria imperecedera nuestros pechos laten al unísono, al impulso de un solo sentimiento, el patriotismo; bajo la inspiración de una idea santa, la libertad; y al arrullo de una misma madre, la patria.

He aquí la trinidad sublime de nuestra devoción, de nuestros holocaustos, de nuestros sueños y esperanzas.

¿Habrá poder humano que arranque de nuestras almas la fe? ¿Habrá esclavistas del pensamiento que sujeten con cadenas y grillos el mirífico ideal que nos anima? No; estamos á salvo de inquisidores y lémmures, porque la mano de Dios nos guía, como á los israelitas en el desierto, y las sombras venerandas de Hidalgo y Morelos nos fortalecen con su aliento, su vida y su gloria.....

La patria es inmortal, es grande, es divina, y en estos momentos, vos, señor Pre-

sidente, representáis á la patria con vuestra firmeza y justicia, con vuestra fe y abnegación, con vuestros sacrificios y esperanzas.

¿Qué importa que acosado por el enemigo extranjero y las mesnadas de la traición tengáis que recorrer el camino del Calvario si á la postre—vencedor ó vencido, no importa—la historia y la gratitud nacional os elevarán hasta el monte de la Transfiguración?

La sentencia está escrita.... el honor de la República á salvo.....esperemos tranquilamente el día de la justicia.....

La independencia es el legado más cuantioso de nuestros padres, por eso luchamos por ella. La independencia proclamada en Dolores fué el grito de redención, el testamento de nuestras libertades sellado con sangre generosa de mil héroes, por eso propulsamos la usurpación y derramaremos con gusto hasta la última gota de nuestra sangre.

Que contraiga el rostro del usurpador la risa mefistofélica de su desprecio para nosotros, que nos cree moribundos y con nosotros á la patria; no importa, aquí tenemos al hijo predilecto de la patria, á su salvador, al gran Juárez que no desfallece porque es de bronce, porque es como la ro-

busta encina que no tiembla ante los embates de la tempestad, como estas montañas que soportan impasibles las descargas fulmíneas de los rayos.....

—¡Viva el señor Presidente! ¡viva México! ¡viva la Independencia! fueron las estentóreas exclamaciones del auditorio, cuyos ecos repercutieron las rocas como animadas de súbito por espectáculo tan espontáneo y soberbio.

Doña Guádalupe que pocas veces había pensado en las glorias cívicas y en el amor á la patria, estaba llorosa por la emoción.

\*\*\*

Don Guillermo prosiguió su interrumpida improvisación, sus labios eran una catarata de sonoridades, un huracán irresistible de elocuencia, se había posesionado de él el vértigo de la oratoria, estaba transformado, soberbio, resplandeciente, hubiera querido con su mirada de relámpago trasponer las distancias y sorprender al enemigo, al Imperio, á los traidores y hacer con todos ellos un escarmiento como el de Sodoma y Gomorra, para vindicta de la patria y de la humanidad.

Al terminar—jadeante, sudoroso y con

la corbata desarreglada—se dirigió á la tropa: ¡Vosotros, soldados de la República, sed grandes en la prueba, estoicos en el sufrimiento, valientes en la pelea, serenos en la derrota; mañana, al lucir el nuevo sol de nuestros triunfos seréis proclamados los heroicos los grandes, los vencedores!

¡Vivan los chinacos!.....

Don Benito se adelantó hacia el orador y ambos patriotas se confundieron en un prolongado abrazo.



## EVASION DEL GRAL. DIAZ.

[21 de Septiembre de 1865].

El Subprefecto de Tepeaca, amigo íntimo del Comandante Carrasco, comisionó á uno de sus subalternos para que buscara á éste sin pérdida de tiempo.

El Comandante incursionaba por el Municipio de Acatzinco y no se pudo dar con él sino hasta ya muy avanzado el día. Al recibir el apremiante aviso comprendió que algo grave pasaba y voló al llamamiento de su amigo.

Soltó las riendas de su retinto en manos del asistente y penetró en la oficina política, limpiándose el sudor del rostro con un pañuelo de yerbas; el Subprefecto que removía un legajo de papeles suspendió la tarea, y dirigiéndose á su amigo, le dijo:

—¿Qué había pasado contigo, Comandante, dónde te vivías?

—Ya sabes, Chucho, en el desempeño de mi misión.